

sados, sin familia y hasta sin protectores, que erguía, sin embargo, la cabeza, y haciéndose gigante, arrostraba frente á frente y como igual al parlamento: y aunque plebeyo, bastante fuerte para no dejarse atropellar por un consejero: y todo esto ¿por qué motivo?... era ciudadano.

Fué entonces cuando sus producciones adquirieron importancia, pues unos anhelaban ver hundido al parlamento de Maupeou, otros encontrar armas para culpar de temeridad la conducta de Beaumarchais, y todos, en fin, querían oír á un orador ajeno del foro y del púlpito. Este varón rompió el velo que encubría los misteriosos trámites judiciales, é invocó el buen sentido para que tomase parte en ellos é introdujese las reformas y mejoras más útiles que los legistas habían sugerido.

El parlamento Maupeou, á pesar de que era juez en su misma causa, y las *Memorias* de Beaumarchais lo habían exacerbado, no osó condenarlo, contentándose con darle nota de infamia; pero la opinion pública protestó solemnemente contra aquel castigo; un príncipe le señaló un lugar entre los convidados á su mesa; los cortesanos le admitieron entre ellos, y Beaumarchais, que se había dado á sí mismo el nombre de ciudadano, habiendo conseguido un triunfo con su nuevo título, hizo que su causa se conviniese en causa común. El público, enoñado contra los parlamentos nuevos, porque debían su origen á la fuerza y á un golpe de Estado, ensalzó hasta lo sumo á Beaumarchais, proclamándole ciudadano perseguido: así fué que aquellos parlamentos se desplomaron, y que el espíritu revolucionario tomó formas más robustas.

Sin embargo, Beaumarchais no merecía ocupar un puesto más distinguido que sus contemporáneos. En efecto, repetidas veces fué sujetado al fallo de los tribunales por causa de adulterio, por haber muerto á dos consortes suyas, y por haber hecho malversaciones: y bien, ¿qué importaba eso! El pueblo no reparaba en su moralidad, sino en los halagos que éste prodigaba á sus pasiones, que lisonjeó con especialidad en el *Matrimonio de Figaro*, comedia, cuyo argumento no era más que una crítica satírico-burlesca contra los nobles y el estado llano, y un tiro á la magistratura, á la que atacaba directamente. Esta comedia licenciosa, muy estensa, enredada, de mal gusto, y sin embargo, atestada de ideas que chocaban por su novedad y viveza, fomentó las pasiones que á la sazón dominaban, y ridiculizó y espuso á la mofa pública á aquellos nobles y abates, que habían hecho hablar tanto de sí. Esta produccion teatral puede calificarse de enciclopédica por la abundancia de retratos audazmente coloreados; pero el autor, á pesar de que usó de las armas de la sátira trivial y cínicamente, supo sacar de su argumento golpes de escena muy fuertes y divertidos, en que se ataca la moral, la le-

gislación, la religion, la política y también la metafísica; y se pregunta sin ningún misterio si los nobles se han tomado más trabajo que el de nacer para disfrutar de tantos beneficios.

En esta comedia está personificada en Figaro la lucha dichosa del pueblo contra la clase aristocrática, y del criado contra su amo: Figaro, que es un barbero, lo maneja todo maliciosa y desfachadamente, al paso que *Almaviva*, que pertenece á la primera grandeza, que es un jóven de arrogante figura y que se distingue por la viveza de su ingenio y por su generosidad, se encuentra frente á frente con este barbero, que le disputa los amigos, que es su rival en amores y que nada le falta para que le quite también la mujer [1].

Esta produccion causó tan gran escándalo á Luis XVI, que éste juró no concederle nunca licencia para que se representara [2];

(1) Muchos juicios aventurados, tan solo porque proceden de hombres que gozan la reputación de literatos profundos, suelen ser recibidos por el público como dogmáticos; pero el tiempo en que se juraba *in verba magistri* ha pasado ya, y es menester refutar también los juicios mal fundados de los hombres ilustres ó que se tienen por tales. Un respetable anciano dijo una noche, dictando sus lecciones en cátedra, que el señor Beaumarchais, queriendo, en el *Matrimonio de Figaro* hacer una pintura satírica de las costumbres españolas, no hizo más que un vivo retrato de las francesas. Nosotros diremos [y en esto no pueden menos de convenir los que conocen la comedia de Beaumarchais, las razones que la motivaron y la época en que la escribió el autor] que lejos de tener por objeto la pintura de las costumbres españolas, quiso retratar á sus connacionales, sirviéndose para dar más realce á la escena de una fingida alusión á la España.

[Nota del traductor.]

[2] En esta ocasion Luis sirvió de juguete á los cortesanos y á la misma reina que gustaban de aquella nueva produccion de Beaumarchais, que era el retrato más fiel y la pintura más acabada de las costumbres de la época, como pone de manifiesto el trozo que insertamos á continuación, y que hemos entresacado de un escritor de aquel mismo tiempo, poco conocido, pero muy apreciable por sus talentos y por sus buenas reflexiones políticas.

“En Paris y en Versalles desde largo tiempo no se hablaba más que de Figaro. En todos los círculos se disputaba con calor en pro ó en contra de esta función teatral, amoldada verdaderamente á las costumbres de la época. El rey no sabía qué partido adoptar; si hubiese habido uno que lo dejara en estado de neutralidad, lo hubiera abrazado como su punto de apoyo; pero semejante partido no podía existir, y el manuscrito de Figaro pasaba del teatro de la comedia francesa á la policía, y de ésta á aquella, sin que pudiesen jactarse de haber ganado el pleito ni los tontos ni las personas discretas. La

pero Beaumarchais juró por su parte que se sacaría á la escena, aun cuando fuese en el templo de Nuestra Señora, y se salió con la suya, porque el rey de la opinion venció al de la espada. Los aristócratas mismos hicieron que se representara aquella comedia que era una declaración de guerra contra ellos, y que desplegaba á la vista con la hiel propia de la sátira, realzado por la viveza de la escena, todos los abusos que la imprenta no podía revelar. En aquella circunstancia el pueblo acudió al teatro en gran multitud, y Beaumarchais nos ha transmitido una relación de la fuerte impresion que causó su comedia, con estas palabras, que hace pronunciar á un noble.

“Conservo todavía en la memoria aquel día en que mi señora madre me proporcionó el honor de llevarla por primera vez al tea-

sociedad tenía por cierto, que si Beaumarchais tenia espíritu, no se podía convenir al gobierno por la misma falta. El rey quiso tratar el asunto ante su misma jurisdicción, y tomó afortunadamente por su asesor á la misma reina.

“Esta señora se quedaba muy satisfecha con el humor condescendiente del señor abate de Vermond, su lector ordinario; además, el señor de Vermond era confidente de la reina, y el que la instruía de todo lo que podía serle útil; el que escribía casi todas sus cartas, que gozaba el favor de todas las damas de la corte, y sabía lo mucho que deseaba la señora de Polignac asistir á la representación de las bodas de Figaro; pero Luis era un austero observador del ceremonial de corte, por lo que la señora destinada al oficio de lectora fué preferida en esta ocasion á Vermond, que habría sido un lector más á propósito para fomentar los escrúpulos del monarca.

“Un enorme manuscrito estaba colocado encima de la mesa; cuando llegó la señora Campan, el rey la dijo: “Esta es la comedia de Beaumarchais, es menester que Vd. nos la lea; yo la he hojeado ya, pero quiero que la reina conozca esta produccion: Vd. no hablará con nadie de esta lectura...” Cuando se llegó al monólogo de Figaro, y sobre todo al desencarcelamiento de las prisiones de Estado, el rey se levantó con impaciencia y dijo: “¡Es detestable, no se representará nunca: sería menester destruir la Bastilla para que la representación de esta comedia no fuese una inconsecuencia peligrosa; este hombre (Beaumarchais), se burla de todo lo que debe respetarse en un gobierno.—¿No se representará?” dijo la reina.—“No por cierto, replicó el rey; podeis estar segura de ello.”

“Mr. de Vaudreuil, que tenía ideas más elevadas, no participó de aquella opinion, que la reina miraba como un exceso de rigor; la señora de Polignac se hubiera abandonado á la desesperacion si no hubiese podido encontrar un remedio para anular el terrible fallo del rey. Pero se arregló todo en el círculo en donde Maria Antonieta podía ponerse en la cabeza de los protectores de Figaro. Se absolvió al rey de su juramento mediante una bula de astucias, la cual hizo creer á este príncipe, que Beaumar-

tro francés. Nos fué menester acudir á protecciones muy elevadas para lograr un palco, y despues de haberlo logrado tomamos asiento en él mucho antes de la función: era esta la primera vez que mi señora madre aguardaba. Cuando llegamos al teatro estaba atestado de gente en todas sus localidades; la ansiedad era general; se traslucían en todos los rostros los indicios precursores de una atención curiosa; se aseguraba que algunos de los concurrentes para no esponerse á perder su puesto se habían colocado desde la noche anterior en los palcos y lunetas, y parecíame verlos despertar instantáneamente por el bullicio de la multitud; tan atolondrados y soñolientos se hallaban aún.

“Mi señora madre tenía por un deber sagrado y por un ceremonial imprescindible

chais había suprimido todo lo que pudiera causarle disgusto. Luis entonces se burló de los parisienses, y decía maliciosamente: “Se quedarán muy chasqueados, porque no encontrarán en aquella representación que puede llamarse *La Folle journée*, las sátiras que el autor ha prodigado á manos llenas.” Beaumarchais, que conocía la opinion sobre los *Almavivas* del día, había dado un nuevo representante al tercer estado en su héroe, el cual no hubiera consentido de ninguna manera en debilitar su indignacion sobre las prisiones de Estado, en un país en donde el conde de Mirabeau había experimentado el terrible efecto de diez y siete cédulas reales (lettres de cachet), cuyo número había ascendido hasta cincuenta en su familia y en un país en donde el mismo conde había visto amenazar á su madre con todos los rigores de la arbitrariedad, que pesaban contra la Francia.

“¿Qué opina Vd. del éxito de esta comedia?” preguntó el rey á Mr. de Montesquieu, que tenía mucha ansiedad de asistir á su primera representación.—“Señor, espero que fracasará.—Y yo también, replicó Luis.”

“El matrimonio de Figaro recordaba muchos otros á la sociedad francesa, y muchas damas hermosas se interesaban por *Cherubin*, porque los maridos de mal humor y los que con sus ridiculeces aspiraban á ser admirados, no hacían un buen papel en la alta sociedad: la sátira de los abusos, tanto más gustaba á los hombres sensatos, cuanto más era natural que su existencia hubiese llegado á ser objeto de odio general.

“La nueva comedia era una pintura fiel de las costumbres del día..... y Beaumarchais decía: “Yo he dado al público esta comedia para divertirlo é instruirlo.....” El placer del vicio y los honores á la virtud, hé aquí el timbre de nuestro siglo.

La cour et la ville. Paris et Cobnetz, ou l'ancien regime et le nouveau considéré sur l'influence des hommes illustres et des femmes célèbres, depuis Charles IX, Henri IV, et Louis XIV jusqu'à Napoleon, Louis XVIII et Charles X; par Mr. Toulotte.—Tomo 2º, pág. 524.—Paris, 1828.

[Nota del traductor.]

permanecer apática, como ordinariamente le sucedía, y no cambió de costumbre hasta descubrirse el escenario, que se verificó cuatro horas despues.

“Principió un drama de un género completamente nuevo, y cuya representación no habíamos creído ni aun en sueños que se hubiese podido verificar. El primero que se presentó en la escena fué un criado, que se distinguía por sus modales galantes, por su mucha afabilidad, por su agradable conversación, circunstancias todas que lo enredaban en intrigas amorosas. Todo era un objeto de habladería para él, y su principal tema era su amo; lo censuraba todo, se entrometía en toda especie de intriga, á nada guardaba respeto, ni aun á la misma manceba de su amo. Se distinguía por su desfachatez, por la abundancia de sus ocurrencias punzantes y por su charlatanería insustancial. En su libertinaje y alegría se mostraba muy osado y dispuesto á emprenderlo todo, y hasta el mismo adulterio; se aparentaba poeta, orador, diplomático y preparado á engañar á la justicia, y finalmente, antiguo redactor de periódicos, veterinario, músico, barbero y político furibundo, que brincaba, reía y hacia piruetas. He aquí el héroe de aquella función: mi señora madre no entendía ni una sola palabra.

“Presentábase en seguida un señor de gran prosopopeya, español, de elevada alcurnia, señor de muy buena pasta, eleganton, de arrogante figura, de modales cortesanos y agradables, que blasonaba un poquillo de filósofo, bien puesto, enterado de lo que conviene gastar para conseguir el afecto de una mujer, el mejor dueño de un hermoso castillo, y que no abusaba de los derechos de la alta justicia que poseía, á no ser por sus pasiones, y finalmente un excelente señor en la corte. Pero este amo tan bueno era cabalmente el juguete de su criado, que ya le atacaba, ya le ponía en apuros, ya le escitaba á alguna acción ó le enredaba en ella, aniquilándole y entrando en competencia con él, no tan solo para disputarle los amoríos con una camarera que había cautivado el capricho del conde de Alnaviva, sino también el corazón de la misma condesa: ¡y cómo!... al oír á este indiscreto: *¡Si vos sois noble, no os habeis tomado otro trabajo para serlo que el de nacer de una ilustrísima sangre!*... ¡Oh Dios, qué frase, qué contradicción para mi madre, que era señora de tres cuarteles y princesa de Wolfenbütel!

“Mi señora madre estaba ya fuera de sentido: ¡Cómo puede ser eso! ¡Hasta la camarera con tanta indiscreción se lo revela todo á su futuro consorte!... Vasalla grosera, picaronaza, muy ligera, tan manejable en apariencia, con tanta elegancia como una dama, sencillita, parlera, locamente enamorada, y sin cuidarse ni siquiera de ocultarlo! ¡Costumbres semejantes en la casa de un grande de España, de un caballero condecorado con el toison de oro! ¡qué casa! ¡qué gobierno de

familia! Mi señora madre se sorprendía cada vez más.

“Pero cuál no fué su sorpresa al ver aparecer entre tanto enredo, á un hombre cubierto de una gran casaca negra, con sombrero de anchas alas y de vueltas blancas, con profundos ojos, porte muy tosco, cabellera untada, modales plebeyos, sonrisa sardónica, ademanes hipócritas! Lo reunía todo y no se diferenciaba en nada de lo que veíamos por sus acciones... Era el cortesano perenne, era aquel que fraguaba las agudezas de su señor, el amigo condescendiente del ama; en la casa era el siervo de los siervos y el que cuidaba de la perrita... Sí, era él por cierto, y ni más ni menos de lo que se nos representaba, y entrometido en un enredo amoroso.

“El cúmulo de tantas pasiones, entremezcladas unas con otras y contradictorias, daban por resultado un desenlace que era lo que pudiera imaginarse de más inmoral; y á pesar de que esta función interesaba por sus combinaciones, llevaba el timbre de una producción antisocial hasta el punto de que ninguna otra sociedad se había atrevido á concebirla, y aun menos á ejecutarla en presencia de tan numerosa concurrencia: en este drama infernal era todo como lo que dejamos espuesto.

“En todo aquel enredo de acción, el edificio social se conmovía hasta en sus cimientos; se ridiculizaban cruelmente todas las virtudes domésticas; el criado tramaba engaños contra su amo, la esposa contra su consorte, y éste contra aquella; una mujer sin estar ligada en matrimonio era madre; un padre se hallaba en el caso de reconocer á un hijo; la madre pretendía desposarse con su hijo; un hijo regalaba con denuetos á su madre; el juez hacia almoneda de la justicia; el villano hacia largos razonamientos; la mocita se enredaba en amores; el mancebo se daba á conocer por su libertinaje antes de que hubiese alcanzado la edad requerida por el conocimiento del bien y del mal; todos racionaban y cada cual disertaba acerca de los derechos y de los deberes. En aquella función se cometían las acciones más impuras. Mediaban señas especiales de inteligencia; se tuteaban mutuamente y había encuentros accidentales durante la noche. Todo favorecía aquel desorden; la oscuridad y las tinieblas nocturnas, los gabinetes sin luz, los padres crédulos, los sirvientes pícaros, en suma aquello era un verdadero simulacro de las intrigas y del poder del siglo dominante, era la pintura de las mujeres, de las costumbres, de los amoríos y del todo de aquel siglo. Hábese ahora de la comedia antigua, hábese de sus criados medianeros en las intrigas de toda especie; éstos se habían colocado ahora en un puesto muy preferente; eran ellos los que figuraban en punto á pasiones, los que combinaban las intrigas, los que hacían el papel de enamorados, los que se desposaban; estaba reservado para ellos

el papel de amos, y si vestían aun librea era solo por mera vanidad.

“Aquella función tan extraordinaria cobraba aplausos de toda la ciudad y también de la corte; y el pueblo, espectador lleno de pasión y actividad, se reía á carcajadas al ver á aquel señor de elevadísimo rango hecho objeto de mofa, y no le causaba menor satisfacción el ver finalmente ridiculizados al rico y al poderoso en aquella misma escena donde se habían visto en otro tiempo al avaro, al hipócrita, al misántropo y otros papales ya añejos y ridículos. La comedia había adelantado su marcha y atacaba con las armas del escarnio al régio dosel, á las creencias, y á todo lo que había de fuerte y poderoso; destrozaba cetos y coronas; abría brechas en las fortalezas; marcaba con el sello del deshonor á sus víctimas, estampándose en la frente con hierro albandó. Aquella pelea era el aura más propicia á las pasiones y á las emociones populares; era una lisonja continua al pobre, rebajando al opulento, al débil, destruyendo el prestigio del poderoso; en aquella lucha el papel más airoso era el pueblo, y el pomposo atavío de corte perdía su lustre al lado del sayal plebeyo. Los aplausos populares resonaban por doquiera, y su regocijo era tan placido como el que dimana de la satisfacción que nos causa un acto de justicia: el pueblo espectador habría podido prever desde luego el buen resultado que debía darle aquella función; pero la previsión no era patrimonio de la época.

“Las mujeres no veían más á la sazón que amoríos, y porque presentían también ellas que aquel tiempo corría á su fin, se precipitaban á satisfacer sus deseos, como la corte á ejercer su poder imperativo, y los mosqueteros á combatir, y el gobierno á embriagarse en la copa de sus placeres, y los poetas á componer versos. El pueblo únicamente era el que sufría en silencio, y aunque vislumbraba confusamente el por qué, no lo ignoraba y repetía en voz baja como Fíguro: *¿Y yo pardiez?*

“La alta aristocracia, aunque herida cruelmente, fingió condescender con la sonrisa general, y abrazó el partido que le pareció más conveniente, esto es, de disimular el sentimiento que le causaba la vista de su suplicio. La corte, llevada por cierto espíritu de vanidad aplaudió aquel espectáculo, y se desternillaba de risa al ver al conde de Alnaviva, el cual se manifestaba con más agudeza de ingenio, con más afabilidad y con más finura, que todo aquel tropel de cortesanos.

“No encuentro expresiones suficientes para dar á entender cuán grandes fueron la indignación y el asombro de mi señora madre. Asistía á aquella función como si la oprimiera una gran pesadilla, y en su cólera no había más que exclamar y suspirar para proporcionarse un desahogo á su fatiga; á cada momento parecía ya dispuesta á lanzar gritos... ¡fuego! ¡ladrones!; pero se contenía por te-

mor. Aguardó mucho tiempo con la viva esperanza de que tuviese lugar una reacción contra un espectáculo tan nefando, y un castigo contra tamaños delitos; invocó repetidas veces el fantasma que se apoderó de don Juan para conducirlo á los infiernos, pero el fantasma no se presentó y la comedia concluyó con un pacífico enlace. Mi infeliz señora madre se tapó el rostro con sus manos, acosada de la idea de lo que se pensaría en Alemania, si se averiguase que había presenciado semejante función en un palco en donde todo el mundo la veía con su hijo. Luego me miró fijamente, poniéndose muy sonrojada, con una expresión que daba á entender á las claras su profundo sentimiento y disgusto, y parecía decirme, perdonadme... De vuelta en su casa echó al mayordomo porque no se le había mostrado tan respetuoso como mi señora madre creía que debía haberlo hecho, y para nada le aprovecharon los cuatro lustros de servicio, ni la escrupulosidad que había observado en ejecutar encargos que requerían mucho secreto. Dirigiéndome la palabra, me dijo con respecto á la función: *“enteraré á la reina de todo lo acaecido; la reina mañana lo sabrá todo.”* Ahora que lo reflexiono, estoy real y verdaderamente persuadido de que no había terror más fundado que el de mi señora madre.”

Podemos decir sin recelo de engañarnos que aquella función fué el preludio y uno de los más importantes actos de la revolución. Después de haberse representado sesenta y cuatro veces, Beaumarchais fué encerrado en una casa de corrección, que servía de cárcel á los jovencillos libertinos; castigo necio para un delito que había conseguido una pública ovación. Esta misma comedia al cabo de poco tiempo fué puesta en escena en Trianon, desempeñando el papel de Rosina, María Antonieta; y el de Fíguro el futuro Carlos X (1). A pesar de tantas debilidades, el gobierno pretendía poner coto á la propagación de ciertos libros; pero si la censura

[1] No cabe duda que fueron muchas las causas que prepararon ó hicieron estallar la revolución francesa de 1789; pero todos los historiadores más profundos convienen en que la misma corte se dejó arrastrar por la moda y las perniciosas doctrinas de los filosofistas, cooperando de esta manera á deslucir el trono y á barrer las calles de París con el régio manto. Las personas colocadas en elevadísimo rango deben siempre conformar sus acciones con aquella gravedad imponente que les da prestigio, sin el cual no puede conservarse el mando y el poder. En efecto, los historiadores al hablar del emperador Juliano el Apóstata, y al describir sus virtudes y sus defectos, no dejan de observar que aquel emperador rebajó el lustre de la real diadema, afectando demasiada popularidad, paseándose por las calles de Constantinopla como un simple particular, y mancomunándose con las personas de todas esferas.

[Nota del traductor.]

podía prohibir la impresion y publicacion de una obra, no tenia facultad para impedir la importacion de libros extranjeros, de suerte que las intenciones del gobierno quedaban frustradas. En efecto, los ingleses podian consignar libremente sus ideas por medio de la prensa; en Prusia era lícito atacar á la religion y á los demas gobiernos; la enseñanza en Holanda no tenia trabas de ninguna especie; los calvinistas de Francia, que habian buscado asilo en aquel país, escribian para escitar el odio contra los autores de su persecucion; y últimamente en Ginebra, la libertad de la prensa se hermanaba con el ejemplo de un espíritu totalmente republicano. ¿Se mandaba quemar ó romper un libro por mano del verdugo? Esta publicidad incitaba aun mas á leerlo, y con tal que fuese prohibido, bastaba para que se encontrase por do quiera, y muchos libros, como la *Filosofía de la naturaleza* y el *Espíritu de Helvecio*, que daban hastío por lo pesado y lo absurdo de sus doctrinas, se leian únicamente porque se les habia prohibido.

La Sorbona, el monarca y el parlamento tenian facultad para ejercer la censura, pero sus resoluciones muchas veces no armonizaban, porque los tres no se dejaban guiar por iguales principios: se dieron á luz por la imprenta real los *Concilios* del padre Hardouin, y el parlamento mandó embargar la obra: éste dejó pasar el *Belisario* de Marmontel, y la Sorbona falló su condena solo porque habia tocado superficialmente algunos puntos relativos á ideas á la sazón ya divulgadas: el parlamento no notó cosas que pudieran impedir la circulacion de un misal con la misa del Sagrado Corazon, y sin embargo, el ministro de justicia hizo secuestrar los ejemplares: Malesherbes sostenia que el medio mas eficaz de hacer guardar consideracion á las prohibiciones, era el ejercicio muy limitado de tal facultad; pero lejos de prestarle oído, se aumentaba ca la día mas su dosis. Fretet fué puesto en la Bastilla por haber escrito, que los francos no habian formado un cuerpo de nacion por sí mismos, y que sus jefes primitivos habian tenido el título de patricios de los emperadores de Roma: "el Espíritu de las leyes, la Henriada, el Siglo de Luis XIV, los Elementos de la filosofía de Newton," á pesar de que no estaba permitida su introduccion en Francia, se leian por todos los franceses y eran objeto de admiracion. Las condenas, que llovian contra libreros é impresores, no eran mas que decretos que señalaban las obras mas á propósito para la lectura. La clase mas elevada estimulaba y patrocinaba las producciones que tendian á minarla, y el autor de una obra condenada por el parlamento era convidado á la mesa de los aristócratas, y para satisfacer su venganza contra el fallo, esponia á la pública mofa los defectos y las culpas de sus jueces. Por lo demas, los manejos subterráneos y las protecciones lograban lo que no se habia concedido como un derecho de jus-

ticia. Se hubiera prohibido la impresion de una crítica juiciosa contra el gobierno, ó la proposicion de un proyecto sabiamente redactado, y sin embargo se dejaban circular escritos fatales y asquerosos. El monarca en el año de 1757 impuso como pena el último suplicio á los que contribuyeran con sus escritos á propagar la irreligion, á exaltar los ánimos, á desacreditar la autoridad del rey, ó á alterar el orden público, pero un año despues, Helvecio dió á luz el *Espíritu*. La *Enciclopedia* fué repetidas veces prohibida, y otras permitida; se vedó su redaccion, y finalmente logró concesiones.

La corte siempre vacilante en la aplicacion de sus medidas, y sin tener nunca por norma principios estables, sea que se mostrase con aire amenazador, ó que acudiese á medios de seduccion, no dejaba de manifestarse sin fuerza. Acometió á Rousseau con las armas de la persecucion, y lisonjeó á Hume, no menos atrevido que aquel y mas irreligioso aún; y no contentándose con esto, dispuso que los príncipes de corta edad le felicitasen, repitiendo de memoria los cumplidos que se les habian enseñado. Habiendo escrito el ginebrino De Lolme una obra sobre la constitucion de Inglaterra, destinó su primer ejemplar á Luis XVI. Malesherbes mandó embargar todos los papeles de Diderot, pero despues de haberle advertido que los ocultara, y porque éste no sabia dónde Malesherbes los colocó en su propia casa. Siendo ministro y presidente de la comision de censura, puso en juego todos los medios que estaban á su alcance, para que se imprimiera el *Emilio* de Rousseau, libro que al cabo de poco tiempo fué mandado quemar por mano del verdugo.

Montesquieu habia dirigido sus estudios á investigar la razon y la armonía que tienen entre sí las instituciones sociales. Voltaire sacó á luz sus abusos: los opúsculos que publicó sobre asuntos rentísticos y administrativos, llamaron la atencion general; y cuando por haber debilitado la vejez la fuerza de su genio se dedicó al exámen de procesos jurídicos, tan solo su nombre bastaba para atraer la curiosidad pública. Habiendo establecido su permanencia en el país de Gex, puso al descubierto la opresion fiscal, que acosaba á todos los habitantes, y logró su intento, porque el gobierno tomó medidas de reparacion. Cuando Turgot se vió obligado á abandonar su silla ministerial, le prestó homenaje en su *Carta á un hombre*; y las consideraciones que salieron de su pluma acerca de los procesos de Calas, de La Barre, de Sirven y de Lally, dieron á conocer lo distante que estaban de escudar la libertad de las formas enmohecidas de aquella magistratura á quien se profesaba tan grande acatamiento, esto es, el parlamento; por lo que Voltaire, cuando vió derribado este cuerpo, que solo le inspiraba temor, por aquellos á quienes él infundia miedo, aplaudió en gran manera este acto que quitaba la única salva-

guardia, que podía rechazar las arbitrariedades de la monarquía.

Voltaire, dotado de un espíritu que se distinguía por su mucha delicadeza, tenia tambien fanatismo y un carácter cáustico, licencioso, irónico, el cual algunas veces se convertía en severo: fueron objeto de su estudio los gustos ligeros y lascivos que invadían á la sazón la mayor parte de los ánimos, pero únicamente para halagar á la muchedumbre é instigar su maligna curiosidad, fijó sus miradas en los instintos propios de su corazon noble y en las pasiones que tienen por resorte la generosidad, pero los sepultó bajo las cenizas de su frio egoismo; se lanzó contra la injusticia y la hipocresía, pero no estuvo exento de ninguna de ellas; quebrantó las trabas que ligaban el pensamiento, pero le echó grillos con su propia intolerancia: sin embargo, queremos poner de manifiesto, que la flexibilidad asombrosa de su ingenio y su popularidad sin límites, nos dan el tipo real y verdadero de su nacion, ó mas bien, para espresarnos en términos mas precisos, el tipo de la sociedad francesa de entonces, llena de elegancia y deleites, y en donde así la corte como la Tencin (1) de Feoffrin, la

[1] Nadie desconoce que las mujeres pueden incluir sobremana en la felicidad pública, y que muchas, como nos enseña la historia, han sido capaces de actos altamente heroicos. Si nosotros quisiéramos hacer alarde de erudicion, podríamos citar un crecido número de ellas, ó referir algunos de los principales hechos que nos han dejado consignados sobre el particular en sus obras escritores muy preclaros. Dejando aparte lo que han escrito sobre este argumento los autores modernos, cuyas obras están al alcance de todo el mundo, ¿quién ignora entre los eruditos lo que escribieron en elogio de las mujeres, Cornelio Agripa, de *Claris mulieribus*, Bocaccio, Thomas y otros? Pero las mujeres, por su delicada conformacion, por su estremada sensibilidad, por la sutileza de su ingenio, y aun mas por aquella especie de capricho que raya fácilmente en la exaltacion, se encuentran mas espuestas á participar de los vicios de su siglo, y tienen bastante fuerza para arrastrar á los hombres, valiéndose de todos los atractivos de su sexo, por la senda de la corrupcion. Esto fué lo que sucedió en Francia á mediados del siglo pasado, como lo nota César Cantú con mucho tino y filosofía. En esa época, las mas prostitutas entre las cuales debemos colocar á la tan famosa Tencin, de quien habla nuestro autor, adquirieron tanta influencia en los asuntos públicos, que trataban de los negocios del Estado con facultades aun mas amplias que las de los ministros, y tal vez del mismo monarca. Ahora bien, cuando las cosas llegan á este extremo, la sociedad tiene en su mismo seno la semilla de la destruccion. La famosa Tencin, madre del célebre D'Alembert, y tal vez de otros hijos desconocidos, y que abandonó á la ventura como practicó con D'Alembert, fué tambien querida de aquel cardenal Dubois de cuya inmoralidad ha hablado César Cantú en las páginas ante-

Delaunay pronunciaban sus oráculos, proporcionaban y quitaban los asientos en el templo de la gloria, elevaban y derribaban ministros, aceptaban y rechazaban bulas.

Voltaire, que habia conmovido la Francia y el orbe con los escritos que habia improvisado, haciendo alarde de inagotable ingenio, llegado ya á su decrepitud, quiso estando aun en el auge de su gloria, visitar á Paris, que habia abandonado hacia un largo número de años por haber sido desterrado de aquella ciudad, y en donde podía considerarse como una posteridad á sus contemporáneos, que tanto le admiraban.

Luis XVI no quiso al principio conceder licencia para que regresara, pero al fin, inclinándose á las solicitudes del ministro Maurepas, consintió, no alterando de esta manera el sistema que habia prevalecido de negar y conceder. "Taoto el regreso de Voltaire como la resistencia del monarca en darle su gracia, revelaron aun mas cuán débil era el poder. La opinion filosófica habia invadido los ánimos, y ejercía su dominio hasta tal punto, que la autoridad amedrentada no supo oponerse á que Voltaire volviese á Paris sin un permiso esplicito, pues el rey únicamente lo toleró. A decir verdad, la corte no quiso recibirle, pero la ciudad entera pareció lanzarse al vuelo para salir á su encuentro. Así es que, se le privó de una gracia fútil, y no se interpuso obstáculo ninguno á su inusitado triunfo. . . .

"Para comprender el entusiasmo con que riores. Cuando en una sociedad se encuentran hechos semejantes, ¿se puede esperar salvacion? Hemos dicho, que tanta disolucion de costumbres en Francia se desarrolló á mediados del siglo pasado; pero habia ya empezado á echar raíces en el reinado de Luis XIV; y el que quiera penetrar los motivos y las primeras causas que promovieron la gran revolucion de 1789, no pueden menos de estudiar todo lo que concierne á la época de Luis XIV, y con especialidad á las mujeres, que entonces se granjearon gran fama por su galantería. ¿Quién ignora la impudente disolucion de costumbres de madama Ninon Lenelos, la cual tuvo la desfachatez de decir, cuando la significaron que el monarca, para poner freno á sus escándalos, queria hacerla encerrar en un convento: "Muy bien, pero que sea en un convento en donde haya frailes esbeltos y de buena figura."

Pero la Providencia, que no impide al hombre la libertad de sus acciones para que se haga acreedor á un castigo ó á una recompensa, no permite jamas que se apaguen completamente en su corazon los principios de la buena moral y de los sentimientos tiernos. En efecto, en la época del terrorismo en Francia, aunque muchas mujeres se convirtieron en canibales, deshonorando su sexo y la humanidad entera, muchas otras descolaron por sus virtudes cívicas y por la resignacion con que arrostraron el último suplicio al que inmerecidamente se les condenaba. Pero de éstas hablaremos mas adelante en otra nota.

[Nota del traductor.]

se le recibió; para comprender la curiosidad de un público impaciente; la mucha concurrencia de admiradores anhelosos de oírle, de contemplarle ó de fijar á lo menos la mirada en aquel anciano tan célebre, que se sentaba entre dos siglos, y que recogía como su herencia los espléndidos laureles del uno, al paso que ligaba su gloria al otro; para formarse una idea cabal del apoteosis de aquel semi-dios, que no había bajado aun al sepulcro, y que dirigiéndose á la muchedumbre apiñada, decía con tan justo motivo cuanto ternura: "¿quereis, pues, hacerme morir de alegría?" Para ver, para oír, para contemplar todo esto, sería menester haberlo visto.

"Podía afirmarse, que existieron entonces dos cortes en Francia, á saber: la del monarca en Versalles y la de Voltaire en París: en la primera residía el buen Luis, llevando una vida muy modesta y que cuidaba de introducir reformas para quitar los abusos y proporcionar felicidad á un pueblo, que deslumbrado en gran manera por su propio resplandor, no sabía apreciar las virtudes pacíficas de su monarca; la primera, digo, tenía todas las apariencias del asilo de un filósofo por su sencillez y tranquilidad, al paso que la mansion de Voltaire ofrecía el espectáculo de un multitud inmensa, que entre aclamaciones y vocerío idolatraba y acudía á prestar homenaje al genio mas gigante de Europa. En aquella mansion trasformada en régia morada, Voltaire, rodeado de los filósofos y de los escritores mas atrevidos y celebrados, que formaban una especie de concilio, podía decir, que tenía por corte lo mas selecto de todas las clases, la flor de todos los países. . . .

"Su coronación tuvo lugar en el teatro Francés, y no hay colores bastantes para pintar la acogida que un pueblo, ébrio de gozo, hacia á aquel preclaro anciano; los bancos, los palcos, los corredores, estaban atestados de jente, y se veía una gran multitud apiñada en todas las puertas. El testimonio del mas vivo reconocimiento de una nación, no llegó nunca hasta tan prolongado pináculo. El actor Brizard le ciñó las sienes con una corona de laurel, y cuando el pueblo echó de ver que Voltaire se la quería quitar, con gran vocerío le obligó á conservarla puesta, y entre tanto el eco repetía entre aclamaciones llenas de entusiasmo los títulos de todas sus producciones. . . . Levantóse el telon, pero por largo rato no fué posible principiar la funcion, pues el ver y contemplar á Voltaire, el hacerle demostraciones estrepitosas era el único pensamiento que dominaba á los espectadores. [Segur]."

Tan grande júbilo no bastó á sostener la vida del anciano filósofo, y al cabo de pocos dias feneció; pero las ideas que había difundido se robustecieron, adquiriendo aquella fuerza que dan la sancion del tiempo y el sepulcro.

Este espectáculo tan lastimoso de un go-

bierno minado en sus bases, y obligado á inclinarse ante una opinion pública que no podía contener, se manifestó de nuevo cuando Luis, á pesar suyo, tuvo que declararse sostenedor de la independencia anglo-americana. Franklin, á quien no se había concedido todavía el favor de presentarse en la corte, disfrutaba de un prestigio, que le engrandecía mas aún que los monarcas, y el pensamiento, que lejos de inclinarse á éstos, retrocedía, se manifestaba lleno de acatamiento hácia aquel físico que se distinguía por sus costumbres particulares [1].

El gobierno francés, que se encontraba cada vez mas en el duro trance de permitir que se le llevase á remolque, no sabía decidirse á abrazar la alianza de los anglo-americanos; pero Lafayette había iniciado ya la cruzada en nombre de la libertad y marchado al otro hemisferio con objeto de verter su

(1) Es muy interesante el retrato de Franklin que nos ha dejado el señor de Morellet y que vamos á consignar en esta nota: "La conversacion de Franklin era de lo mas esquisito: su carácter llevaba el timbre de una verdad ingenua; sus modales eran muy sencillos; su juicio muy delicado se traslucía en las cosas muy insignificantes; su indulgencia era ilimitada y tenía en su aspecto aquella serenidad y dulzura, que se convierte fácilmente en alegría: tales eran las prendas que reunía este varon ilustre, que ha colocado á su patria en el número de los estados independientes, y que ha hecho uno de los mas importantes descubrimientos de nuestro siglo."—Y otro autor de aquella época nos da estos curiosos pormenores acerca de la llegada de Franklin á Francia: "Franklin desembarcó en Francia el día 17 de Setiembre de 1776 con un cargamento de tabaco en vez de dinero, porque su patria no estaba en el caso de proporcionárselo; esta particularidad trae á la memoria otro hecho semejante con respecto á Holanda, la cual, arruinada por la tiranía, pero rica en virtudes, que dan bastante fuerza á los pueblos para reconquistar sus derechos, había enviado sus diputados al gobierno de los Países Bajos con un cargamento de arenas para hacer frente á sus necesidades.

Franklin alquiló un cuarto en Passy sin que se quedara por esto rebajado en la opinion pública. La modestia de su traje y sus modales, recordaban la sencillez de las costumbres antiguas. Había dejado de llevar peluca. Se atraía la atencion por su talle muy esbelto y robusto; tenía una cabeza digna del pincel de Guido. En su juventud había aprendido con esmero el arte tipográfico; y leía por la noche las obras que imprimía durante el dia en la casa donde habitaba en clase de aprendiz. Esta aplicacion continua le había debilitado la vista, y llevaba grandes anteojos y un baston blanco en la mano; hablaba poco; era muy franco y no tenía nada de rudo ó áspero. A ejemplo de Montaigne hacia consistir con especialidad la sabiduria en la duda: no hablaba nunca en un tono afirmativo y dogmático. Este hombre era el idolo de ambos hemisferios. [Nota del traductor].

sangre aristocrática por tan generosa causa. La noble juventud francesa, que debía ser columna de la futura aristocracia de su país, cogió tambien las armas, se avanzó á combatir por el anonadamiento de aquellos privilegios, que en su suelo natural quedaban todavía firmes, y fué á empaparse en principios de igualdad y de encono contra toda especie de absolutismo, de monarcas, de ministros, de clérigos.

"Esta libertad (es tambien Segur el que habla) se ofrecía á nuestros ojos rodeada de todos los halagos de la gloria, y si los hombres de edad madura y los adeptos á la filosofía no descubrian mas en aquel altercado que un medio muy oportuno para dar mayor ensanche á la difusion de sus doctrinas, para poner coto á la arbitrariedad del poder y proporcionar libertad á Francia, manejándose de modo que los pueblos reconquistasen derechos que los filósofos reputaban imprescriptibles, nosotros, mas jóvenes, mas activos, mas fervorosos, nos acogiamos al pendon de la filosofía, instigados únicamente por la esperanza de combatir, de distinguirnos, de alcanzar honores y grados: en fin, hacíamos alarde de filosofía, porque por este camino podíamos llegar á ser paladinos. Pero, despues de habernos dejado llevar puerilmente de nuestro genio belicoso y declarado secuaces y adalides de la libertad, naturalmente aconteció que se apoderó de nosotros un entusiasmo lleno de buena fe, y que recorriendo con ansiedad los escritos, que á la sazón patrocinaban las doctrinas de moda, llegamos á ser sus ardientes sectarios y adversos á los encomiadores de la antigua época, cuyas preocupaciones, cuya pedantería, cuyos hábitos se nos presentaban bajo formas ridículas.

Con semejantes ideas regresó de América la juventud francesa, y Lafayette, el varon que se hacia notar por ser el menos resuelto del universo, se dejó ver en la corte con el uniforme americano, llevando bordado en su tahalí un árbol de la libertad ingerto en una corona y un cetro destrizado, dirigiendo á todos estas palabras: "Nosotros los republicanos . . . nosotros los salvajes . . . Un monarca, cuando no otra cosa, es un mueble inútil."

El contraste, que mediaba entre estas ideas y las instituciones, se fortalecía aun mas cuando se consideraba, que el gobierno en su teson no quería tomar un rumbo diferente del antiguo, y que el monarca en su coronacion seguía jurando que perseguiría á los herejes y condenaría al extremo suplicio á los duelistas. En efecto, mientras los franceses peleaban en el otro hemisferio en favor de la democracia, se decretó en su tierra natal, que nadie ascendería á capitán sin probar previamente que tuviese cuatro cuarteles en su blason de nobleza, y que los plebeyos no ascenderían á oficiales. Cuando Boncerf en su obra, que lleva por título *Inconvenientes de los derechos feudales*, puso de manifiesto que derechos semejantes no tan

solo ultrajaban á la razon y á la justicia, sino que tambien perjudicaban á sus poseedores, y que éstos, por amor á sus propios intereses, debían facilitar su rescate, no dejando de exhortar al mismo monarca para que diera ejemplo practicándolo en sus dominios, el parlamento mandó quemar la obra, y á Turgot no costó poco trabajo salvar al autor de la pena de encarcelamiento. El espíritu filantrópico de los filósofos y algunos procesos estrepitosos habían espuesto ya á la vista con todos los colores de un espectáculo repugnante los vicios de los trámites judiciales, los horrores que se padecían en las cárceles, y el uso perverso que se hacia de las cédulas reales de prision; por lo cual en ningún proceso se dejaba de probar este medio; sin embargo, el parlamento, siempre obstinado, se negó á conceder mejores garantías al culpado. Pero cuando el conde de Mirabeau, cuyos dichos se apoyaban en su propia esperiencia, publicó su obra contra las cédulas reales de prision (*lettres de cachét*), describiendo con colores sombríos y atroces las prisiones de Estado en Vincennes, Luis suprimió estas últimas, y el infeliz las trasformó en granero. ¿Pero á qué conducía semejante hecho? El pueblo, á quien no se impedía verlas, en vez de prodigar aplausos á la generosidad de un monarca piadoso, dando vuelo á su imaginacion, suponía por lo que se presentaba á su vista que los encierros de la Bastilla serían aun mas terribles.

ESTADO DE EUROPA A FINES DEL SIGLO XVIII.

En aquella época no había en Francia tiranía sino demasiada tolerancia, y lejos de reprobar las ideas en boga, se daba la cartera de ministros á adeptos de la filosofía, aunque se carecía despues de aquella fuerza tan necesaria para atacar las preocupaciones y mantener á aquellos en el mando. Un furioso entusiasmo se había apoderado de todos los ánimos, y el ansia de ocupaciones, de energía y de movimiento, se había convertido en una necesidad: todos manifestaban anhelo de poner en actividad sus propias facultades, porque sentían aquella profunda conmocion que se origina del desasosiego que suelen experimentar los que no se quedan satisfechos de su estado presente, y no saben, sin embargo, dónde hallar los medios para mejorar su condicion. Los políticos, que no diferenciaban al hombre de una máquina, pretendían perfeccionarle, concediéndole lo que es necesario para la mayor perfeccion de ésta, y sirviéndose de aquella resolucion terminante á que suele acudir para obrar sobre la materia. El espíritu filantrópico aliviaba en alguna manera la carga de los males; pero el pueblo pedía justicia y no limosna, y los franceses, en su entusiasmo pasajero, pero robusto por su fuerza, pregonaban teorías, que rayaban en el exceso por no haber sido puestas en tela de juicio ni aplicadas, y que sin embargo eran se-